

LA VERDAD DE DIOS NO PUEDE TENER LA MAYORÍA

“No seguirás a la mayoría para hacer mal, ni responderás en un litigio inclinándote a la mayoría para hacer agravios” (Éxodo 23:2)

Ni los títulos, ni el nombre tienen valor en lo que concierne a la determinación de la verdad. La verdad no tiene más valor ni será más fácilmente aceptada cuando es avalada por diez mil príncipes que cuando es sostenida por un solo humilde campesino. Y no tiene mayor significación ni prueba, que diez mil estén en la verdad o que lo esté uno solo. Cada ser humano posee exactamente la cantidad de verdad que desea utilizar, ni más ni menos.

Todo aquel que actuando como el papa, cree detentar el monopolio de la verdad, obligando a la gente a pasar por él para obtener la verdad, dándola a unos y reteniéndola a otros, pierde toda la verdad que pueda poseer. La verdad y el papismo no pueden coexistir. Ningún papa ni ningún ser humano con tendencias papistas tienen la verdad. Desde el momento que un ser humano recibe la verdad deja de ser papa. Si un papa de Roma se convirtiera en discípulo de Cristo, abandonaría el trono papal en el mismo instante.

De la misma manera que no existe ningún ser humano que detente el monopolio de la verdad, no hay ningún lugar a donde tengamos que ir, necesariamente, para encontrarla.

El hecho de la verdad fuese proclamada en un lugar determinado no prueba que solo pueda encontrarse, solamente, en ese preciso lugar, o que simplemente que se pueda encontrar. En efecto, ciudades como Jerusalén, donde el evangelio fue proclamado durante los primeros siglos después de Cristo, por ejemplo, sería el último lugar del mundo donde ir para encontrarlo.

Jesús nació en Belén, una localidad que era “tan pequeña entre las familias de Judá”. Pasó casi toda su vida en una pequeña población de tan mala reputación, que un hombre en quien no había mentira dijo: “¿de Nazareth puede venir algo bueno?”. Un pequeño pueblo donde una cabaña solitaria, estaba tan lejos del cielo, como lo estaba de los palacios episcopales o de las ciudades, “ Así dijo el Alto y sublime, el que habita en la eternidad y cuyo nombre es Santo; yo habito en la altura de la santidad, pero habito con el quebrantado y humilde de espíritu. Para reavivar el espíritu de los humildes y para vivificar el corazón de los quebrantados” (Isaías 57:15) ⁶⁴

⁶⁴ E.J. Waggoner, *Glad Tidings*, pp. 34-35; *Bonne Nouvelle dans l'épître aux Galates*, pp. 29-30